

TODO QUE GANAR



txalaparta

Juako Escaso



TODO QUE GANAR

JUAKO ESCASO

[narrativa]

laovejaroja

TODO QUE GANAR

una novela de
Juako Escaso

www.juakoescaso.com

*A la memoria de las huelgas
de Vitoria-Gasteiz de 1976
y de las víctimas de la represión
pasada y presente.*

QUE SEA CONSCIENTE DEL SUEÑO no significa que pueda controlar las emociones. Así que ahí está de nuevo escondida en el pasillo, a oscuras, espiando a su madre por la rendija de la puerta entreabierta y sintiendo cómo la angustia se apodera de su estómago para ascender después, poco a poco, hasta formar un nudo en su garganta.

Ha intentado despertar, pero es como si el propio sueño la retuviera. La escena es la misma que otras veces, salvo por la presencia imprecisa de unos perros que ladran. Las manos de su madre trabajan deprisa: una blusa, un par de mudas y el cepillo del pelo; luego se cuelga el bolso y dobla la gabardina. El colgante sobre la cama es lo último que Indar ve, y se lleva la mano al cuello para comprobar que lo lleva puesto. Al momento, el escenario cambia sin transición, bruscamente. En un salón que no reconoce, su madre le entrega a su abuela un billete de cinco mil pesetas. No oye sus voces —el ladrido de los perros lo cubre todo—, pero entiende lo que dicen, como si estuviera a un tiempo cerca y lejos, dentro y fuera. Contempla la escena igual que si fuera el plano general de una película, y a la vez es ella misma quien hace crujir el dinero en su puño cerrado, sus lágrimas las que revientan en silencio contra las baldosas, sus ojos los que miran a través de los ojos de las dos mujeres para encontrar imágenes borrosas, difuminadas. En este sueño no hay rostros, y repara en ello con desasosiego. Cuando su madre abre la puerta, Indar presiente el vacío afuera, como si la casa estuviera encaramada sobre un precipicio. Se ve a sí misma en mitad de la sala, o, mejor dicho, ve a una niña que es ella y que cruza corriendo la sala. Tiene la certeza de lo que va a decir y de lo que la madre responderá, y no quiere que suceda. La angustia se intensifica. Los ladridos desaparecen y un frío repentino cruza la escena como llegado de ninguna parte. La pequeña se aferra a los brazos de la mujer, que peina su pelo revuelto.

—¿Dónde vas?

—Tengo un trabajo que hacer.

Ahora todo adquiere una magnitud distinta. Indar intuye que algo malo acecha desde la honda cavidad de la memoria. No quiere adentrarse, sino huir, despertar, ponerse a salvo. Pero es tarde. Ya no observa la escena, sino que está en ella con una intensidad dolorosa.

—Voy contigo.

—No puedes, es hora de dormir.

Indar siente su beso quemándole la mejilla. Quiere seguirla, pero se deja atraer al regazo de la abuela y mide con impotencia los centímetros que separan a su madre del vacío. El ladrido de los perros reaparece con una intensidad que le taladra los oídos.

—Hora de dormir —repite la madre, ya con un pie en el umbral.

El llanto se acumula en los ojos de la niña, que lo contiene sin saber por qué. Así, hasta sentir el dolor en sus párpados, a punto de estallar. Entonces, al fin, bruscamente, los abre.

El escenario ha desaparecido, pero la sensación persiste. Indar gira la cabeza para evitar el rayo de sol que le quema la mejilla y permanece inmóvil mientras se ubica en la realidad. Las persianas están subidas y la luz es excesiva. Cierra de nuevo los ojos; el tacto de la sábana sobre su cuerpo desnudo la reconforta, pero no consigue sacudirse el malestar. Podría quedarse tumbada todo el día, ese sí sería un buen remedio. Escondarse durante semanas, rehuir la verticalidad del mundo. No es pereza, se dice, sino desprecio por unas obligaciones en las que aún no quiere pensar.

Escucha un ladrido agudo y molesto proveniente de la calle y rememora las imágenes en toda su nitidez, tan vívidas como si hubieran sido reales. Es el sueño que acompaña desde hace tiempo, mezclándose con sus recuerdos de tal modo que no es capaz de distinguirlos. Contra el muro de sus ojos cerrados ve a su abuela y a su madre —el rostro difuso también ahora—, ve el dormitorio y ese salón que no reconoce. Llorar sería una manera de purgarse, pero se reprime. El despertador indica las siete y catorce. Indar saca el brazo fuera de la sábana y pulsa el botón en el preciso instante en que comienza a sonar la alarma. Hay algo perturbador en la precisión de ese gesto cotidiano. Y también en el hecho de que, un día más, se levanta con sentimiento de vacío.

Muchas de las compañeras afirman que son afortunadas por tener un empleo en los tiempos que corren. Aseguran, incluso, que es un buen trabajo. Pero para Indar cada día que pasa le parece peor que el anterior. Duda de que vaya a ser capaz de soportar el pitido del lector una jornada más. Otras cajeras ni siquiera reparan en ello, simplemente lo han interiorizado. Ella no puede hacerlo, no puede simplemente dejar de pensar; al contrario, a fuerza de reparar en ese sonido lo magnifica. Mientras atiende a la clientela, piensa en los miles de artículos que pasan diariamente por sus manos. Cinco horas diarias a cambio de un contrato precario y un sueldo de mierda con el que pagar los gastos. Ese fue su consuelo cuando el encargado aceptó su solicitud y le entregó el uniforme. Desde entonces, procura no darle demasiadas vueltas al asunto. Es lo que toca y punto, se dice. Pero lo cierto es que no pasa un solo día sin que piense en dejarlo.

Una anciana rasca su monedero en busca de los pocos céntimos que le faltan para completar el pago. Mientras, Indar alza la mirada y ve que Leonor se ha colocado en la fila de caja. Es una mujer de treinta años, con el rostro redondeado y alegre, el pelo corto y despeinado; viste ropa gastada y lleva puesto un abrigo a pesar de que la temperatura en la calle ronda los veinticinco grados. Indar se gira buscando al guardia de seguridad, que está entretenido revisando la mochila de un joven.

—Está bien, señora, déjelo, que hay gente esperando —dice.

La señora murmura una queja entre dientes y se afana en su tarea hasta que por fin le entrega los treinta y cinco céntimos restantes. Después, con gesto altivo, recoge sus bolsas y se marcha. Cuando le llega el turno, Leonor se adelanta y deposita una barra de pan en la cinta de caja.

—Bonito gorro —dice, sonriendo levemente.

Indar se fija en que lleva los bolsillos del abrigo sospechosamente abultados. Pasa el comentario por alto y se esfuerza por contener la risa.

—¿Solo esto? —la joven mira con apremio, dando a entender que la respuesta es obvia—. ¿Efectivo o tarjeta?

—¿Tú qué crees? —responde Leonor, al tiempo que le entrega un euro.

Indar insiste en dilatar el cobro mientras se muerde el labio para no reírse.

—¿Tarjeta de puntos?

—No seas cabrona.

Al ver que el guardia termina el registro y se encamina hacia allí, Indar coge la moneda y le devuelve el cambio. Leonor le guiña un ojo con gesto cómplice.

—Nos vemos luego —dice y se aleja antes de que llegue el vigilante.

—¡Leo! —llama Indar—. Te olvidas el ticket.

La joven le hace una higa sin siquiera volverse y ella la observa hasta perderla de vista. Después, retoma el trabajo con apatía. Coge los artículos de la cinta, los pasa por el lector y los deja caer al otro lado con gesto mecánico. Así una y otra vez, hasta que sus sentidos se embotan y pierde la noción del tiempo.

Terminado el turno, Indar entra en el vestuario para cambiarse de ropa. El supermercado está cerrado, nada más quedan las trabajadoras de caja y el personal de limpieza. Mientras se quita el uniforme, oye un jaleo de voces cercano. Entreabre la puerta y se asoma. En el pasillo, el encargado reprende duramente a una de las compañeras mientras la agarra por el brazo. Ella se defiende y entonces él la aparta de un empujón. Indar se dispone a salir en su ayuda, pero se frena repentinamente. Ahora el hombre se muestra cariñoso con la cajera, incluso protector, y ella se deja apaciguar con aire sumiso.

Suena el móvil en la taquilla. Indar cierra la puerta y se aproxima. En la pantalla del teléfono aparece el nombre de Leo.

—Tía, qué sobrada, el *segurata* casi me pilla de marrón —la carcajada de la chica resuena en el vestuario, tan fuerte que Indar tiene que apartar el móvil de su oreja.

—Un día de estos me vas a buscar un lío —replica—. ¿Cómo está la cosa?

—Que echa humo —repite Leo—. ¿Vienes o qué?

—No puedo, voy al hospital.

—Mierda, lo había olvidado. ¿Te llevo?

—No hace falta.

La compañera que discutía con el encargado entra en el vestuario. Se mira en el espejo y se limpia las lágrimas, oscurecidas por el lápiz de ojos.

—Oye, tengo que colgar —dice Indar—, luego te llamo.

Guarda el móvil en el bolsillo de la chaqueta y mira a la compañera, cuyo rostro le recuerda a una máscara que poco a poco se deshiciera.

—¿Estás bien? —pregunta—. ¿Necesitas algo?

La mujer alza la cabeza con una mezcla de vergüenza y recelo.

—Métete en tus asuntos.

Ha anochecido cuando Indar se echa la mochila al hombro y se dirige a la parada de autobús que hay al otro lado de la calle. El calor de final de verano se ha suavizado durante los últimos días de septiembre, pero aún se deja sentir con cierta intensidad. Sube al vehículo y se acomoda en el asiento del fondo, junto a la ventanilla. Al entrever su propio reflejo en el cristal, se percató de que aún lleva puesto el gorro del uniforme y se lo quita de un manotazo. Después, se suelta el pelo y se lo peina con la mano, dejando al descubierto el lado de la cabeza que lleva rapado. Conecta el MP3 y se coloca los auriculares.

El encargado detiene su coche ante la entrada del establecimiento y gesticula con brusquedad a la misma mujer de antes. Ella, que ha empezado a alejarse calle arriba junto a dos compañeras, da media vuelta y regresa con él. Indar siente asco e impotencia por la forma en que la mujer se somete. Aparta la mirada y sube el volumen; la música es un bálsamo de acción inmediata. Poco después, el día que termina es un recuerdo vago en la nebulosa de las calles. Cierra los ojos y se recuesta dejándose arrullar por el ronroneo del motor y el sopor del cansancio. Otro día termina.

Junto a la entrada, varias personas fuman en silencio. Indar se aproxima al mostrador y se esfuerza por hacerse oír a pesar del chillido de una ambulancia. La recepcionista tuerce el gesto y comprueba la información en el ordenador.

—Tercera planta —responde, escueta—, habitación 303.

Las puertas del ascensor se abren con un chirrido de óxido. Indar recorre el pasillo y se detiene con cierto alivio frente a la habitación. La puerta está cerrada. Todavía tiene un momento para pensar en lo que va a decir. Se imagina a su padre tumbado en la camilla, entubado, sin fuerzas, y no sabe cómo comportarse.

En la pared del pasillo, un reloj marca las nueve y cuarenta. Indar se aproxima al ventanal y apoya la frente despacio; el cristal está frío y la oscuridad de la noche lo convierte en un turbio espejo. Se mira fijamente y trata de tomar una decisión.

—¿Te encuentras bien?

A su lado, una empleada de limpieza aguarda respuesta con el bote de lejía en una mano y la fregona en la otra.

—Hay una salita ahí mismo, si estás cansada.

—Estoy bien, gracias. ¿Sabe si hay cafetería? —pregunta, decidida a darse un respiro y regresar más tarde.

—En el sótano, pero no te la recomiendo —repite la mujer, en tono de complicidad—. Hay un bar mucho mejor a la vuelta de la esquina.

Indar le agradece de nuevo y regresa al ascensor.

Al entrar en el bar, se acoda en la barra y pide una cerveza. Todas las opciones de comida que hay en la carta incluyen carne o huevos, así que se conforma con un puñado de frutos secos. A su alrededor, algunos clientes siguen un partido de fútbol en el televisor; otros, ensimismados en sus pensamientos, solo se giran cuando los comentaristas elevan la tensión narrativa. Un hombre de mediana edad, con perilla y aspecto soberbio, se desahoga a voces contra los jugadores de uno de los equipos.

Indar marca un número en el móvil y aguarda respuesta.

—Miriam, soy yo. ¿Estás con él?

Al otro lado de la línea, la voz deja entrever cierta animosidad.

—Claro.

—¿Cómo está?

—Pues ya ves, le han inflado a morfina.

—¿Qué dice el médico?

—Que está muy débil. Y que es cuestión de horas.

Tras un breve silencio, Indar retoma la conversación.

—El trabajo se me ha complicado —se excusa—, intentaré pasar mañana.

—Yo que tú no tardaría, si es que quieres verle con vida.

Indar se percata de que el tipo de la perilla la mira con descaro e instintivamente se vuelve para darle la espalda. Al teléfono, la voz endurece el tono.

—Tu padre se esforzó siempre por darte lo mejor, podrías al menos hacer acto de presencia. Es una pena lo solo que ha estado todo este tiempo...

—No ha estado solo, Rocío ha cuidado de él.

—Una extraña. Teniendo a su hija a dos pasos...

Indar siente ganas de decirle que Santos no ha sido precisamente un ejemplo, que siempre ha desaprobado lo que ella hacía y que no le dejó más remedio que irse de casa para no seguir aguantando su mal humor. Sin embargo, deja que el silencio cierre la conversación y cuelga. Acto seguido, vacía la cerveza de un trago.

El tipo de la perilla se aproxima con gesto decidido.

—Guapa, ¿puedo invitarte a algo?

—Claro —Indar deja el botellín en la barra y se aleja sin mirarle—, puedes invitarme a esta.

Indar entra en su habitación y cierra la puerta huyendo del barullo que hay en el salón. Necesita estar un rato a solas. Si hubiera sabido que terminaría el día tan cansada no hubiera ofrecido el piso para la asamblea de mujeres. En su lugar, se hubiera sentado en compañía de sus dos mejores amigas —Leo y Lucía— para beber cerveza hasta recuperar el buen ánimo o caer rendida.

Tras tomar una ducha relajante, regresa a la habitación, enciende el portátil y busca entre sus archivos de música algo que le ayude a sentirse mejor. Se quita las zapatillas y abre una lata de cerveza al tiempo que suenan los acordes del *Pressure Drop*, de Toots and The Maytals. Se sienta en la cama y estira los músculos del

cuello. Le tiente dejarse caer sobre el colchón, cerrar los ojos y sumirse en la anestesia del sueño, pero tiene muchas cosas en las que pensar: el trabajo, su padre, el futuro... No quiere forzarse a tomar decisiones precipitadas, ni tampoco despertar a la mañana siguiente bajo una nube de reflexiones pospuestas.

El grupo The Selecter llena el ambiente con los compases de su *Missing Words*, e Indar acompaña en voz baja el estribillo. La música le da las claves de lo que sucede en su interior. Piensa en la relación con su padre, en las veces que dejó cosas sin decir y en cómo esas palabras, con el tiempo, se cubrieron de una costra impenetrable. Se recuesta y pierde la mirada en la proyección difusa de recuerdos. Tiene la sensación de esquivar ciertos pensamientos, como si, de alguna manera, esa omisión la protegiera de un posible daño. Hay un límite que no quiere cruzar. Al otro lado de esa línea, la figura de su madre flota sobre un enorme vacío.

Tres golpes de nudillo le sacan de su ensimismamiento. Leo abre la puerta y asoma sus ojos almendrados. Se sienta junto a Indar y enciende el cigarrillo que lleva sobre la oreja.

—Vaya escaqueo...—dice, expulsando el humo hacia otro lado.

—Perdona, no estoy muy allá... Necesitaba un respiro. ¿Cómo fue la mani?

—Bien —replica Leo, sin convencimiento.

—¿Me he perdido algo?

La muchacha se encoge de hombros.

—Ya sabes... lo de siempre.

—Dile a las otras que voy en dos minutos.

—Tranquila, no hay prisa, nos hemos vuelto a atascar en lo de las agresiones.

Aún tenemos para rato. ¿Cómo está tu padre?

—No entré —confiesa Indar—. Ni siquiera sé que decirle.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Si quieres me llevo a las chicas a otro sitio.

—No, estoy bien.

—¿Quieres una calada? Es maría.

Indar asiente y se llena los pulmones con una honda calada.

—Quédatelo —dice Leo—. Y no tengas prisa por salir, ya me inventaré algo.

—Gracias.

—Ah, por cierto, ¿conseguiste cambiar el turno?

—Qué va, tengo al encargado encima. No creo que pueda.

—No te lo puedes perder, es el primer cordón de autodefensa. Los maderos lo van a flipar.

—¿Crees que cargarán?

—Seguro —contesta Leo, con un deje irónico—. Qué planazo, ¿eh? Lo mejor para empezar la semana.

Indar esboza una media sonrisa y devuelve la ironía:

—Deberías probar un día en el supermercado.

Mientras suena *You can get it if you really want*, de Desmond Dekker, Leo hace un gesto de inquietud.

—Oye, sobre lo de quedarnos aquí... tal vez no sea buena idea teniendo en cuenta lo de tu padre y todo eso. Hay poco espacio y necesitas estar tranquila. Lo he hablado con Lucía y está de acuerdo en que busquemos otro sitio.

—Ya os dije que no había problema —niega Indar, con una sonrisa cansada—. Sois como mi familia, me gusta que estéis. Y así, de paso, me echáis una mano con los gastos...

Leo le dirige un gesto de agradecimiento.

—De acuerdo, entonces. Ah, y gracias otra vez.

ES UNA SUERTE QUE EL DÍA ESTÉ SOLEADO, piensa Elena mientras camina en silencio protegiéndose del viento que azota la falda del monte Gorbea. Echa un vistazo al reloj y devuelve la mano al bolsillo. Son casi las diez de la mañana. Si fuera un domingo corriente, a esta hora pasearía sin prisa por el Parque de la Florida o se sentaría a leer el periódico en la terraza del café La Unión. Pero hoy es distinto, especial, y a pesar del frío se siente animada.

El hombre que va a su lado también está nervioso. Lo percibe en su manera de fumar, un tanto ansiosa, y en el mutismo que ha mantenido durante el trayecto en coche. Tiene diez años más que ella, va bien afeitado y tiene el cabello salpicado de canas prematuras.

—Aprieta, que vamos tarde —dice.

Por fin, tras avanzar un trecho monte arriba, llegan a un refugio donde hay reunida una docena de hombres. Uno de ellos habla con voz sosegada pero firme, y sus palabras encuentran la conformidad unánime de los compañeros. Es Endika, trabajador de Forjas Alavesas, cuyo rostro es inconfundible por la exagerada desviación del tabique nasal. Elena ha oído varias veces la historia de cómo un policía le golpeó durante la huelga de Michelin, en febrero de 1972, dejándole para siempre esa secuela. Es un hombre inteligente y tiene gran influencia entre los compañeros por su forma sencilla y directa de expresarse. Al verles llegar, hace una pausa y señala con gesto amable.

—Compañeros, este es Gabino, también de Forjas. Y su acompañante es...

—Elena —se anticipa ella—, y no soy su acompañante. Algunos ya me conocéis, estoy aquí como portavoz de las trabajadoras de Areitio.

Elena percibe algunos gestos y miradas incómodas, pero ninguna objeción.

—Perdonad el retraso —se disculpa Gabino.

Tras la pausa, el tono de Endika recupera la dureza.

—Decía que la situación es preocupante. El gobierno se ha sacado de la manga una ley que nos perjudica claramente: quieren que paguemos la cuenta de su crisis, y eso no lo vamos a permitir. Llevamos semanas trabajando en esta plataforma conjunta y ahora ha llegado el momento de darle el último empujón.

Elena saca la cajetilla de rubio y enciende un cigarrillo. En el gélido ambiente invernal, el humo del tabaco apenas se distingue del vaho de su respiración.

Endika desdobra cuidadosamente el papel que le ha pasado un compañero, carraspea y mira a su auditorio.

—Resumiendo —continúa—, la cosa queda así: seis mil pesetas de subida lineal, cuarenta horas de trabajo semanales, veintiocho días de vacaciones, revisión semestral y un año de vigencia en caso de que haya pacto.

Elena mira a Gabino y adivina lo que está pensando: que las exigencias podrían ser más ambiciosas y trascender el ámbito de lo laboral. Pero es un comienzo, reflexiona, lo importante ahora es que las fábricas se unan.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Gabino hace un gesto y pide la palabra.

—A pesar de la proximidad de las navidades, la lucha no debe detenerse —expone, con vehemencia—. Hace meses que venimos haciendo un gran esfuerzo, tanto en la coordinadora como en cada una de las fábricas. Ahora es cuando tiene que fructificar.

—¿Quién está a favor? —pregunta Endika.

La votación se realiza a mano alzada y todos los presentes apoyan la propuesta tratando de infundirse confianza. Las familias ya atraviesan una mala situación económica y temen aún más por lo que se les viene encima. Es más o menos lo mismo que las mujeres, en la fábrica, respondían a Elena cada vez que les preguntaba sobre una posible convocatoria de huelga: defienden sus derechos, pero tienen miedo. Una protesta podría ocasionar sanciones, despidos o incluso algo peor. Está en el ambiente. No solo en Vitoria, también en el resto del País Vasco y del Estado.

Tras la votación, Endika alza el papel que contiene la plataforma reivindicativa.

—Una última cosa —dice—. Hace falta un voluntario para llevar esto a hacer copias. Iría yo mismo, pero tengo otros asuntos que resolver.

—Yo puedo acercarme mañana —se ofrece uno.

—Tiene que ser hoy, es un favor que nos hace el de la imprenta. Así empezaremos a repartirlos mañana a primera hora.

—Yo lo haré —dice Elena.

El ofrecimiento provoca algunos comentarios en contra.

—Sería un error dejar que esto caiga en manos equivocadas —advierte Endika.

Elena da un paso adelante y extiende la mano con gesto decidido.

—Por eso mismo.

—Iré con ella —se ofrece Gabino.

Elena tiene que morderse la lengua. No quiere un avalista, pero sabe que de otra manera su propuesta no tendrá el beneplácito del grupo.

Tras un breve silencio, Endika le entrega el papel.

—De acuerdo, os esperan a las seis en punto. No os retraséis.

De regreso, Elena y Gabino aceleran el paso bajo una intensa lluvia acompañada de rachas de viento. Elena se protege con el cuello del abrigo y achica los ojos concentrándose en cada paso para no tropezar. Gabino camina delante y de vez en cuando se gira para comprobar que ella le sigue. Podría parecer una mera atención, pero para Elena es un síntoma más de la falta de confianza que él y el resto de hombres demuestran, como si no fuera capaz de descender la ladera por sí misma, tomar parte en la organización de la lucha o llevar a la imprenta un simple papelajo.

Ya en el coche, se quita el abrigo y se seca la cara con el pañuelo.

—Qué manera de jarrear —comenta Gabino mientras arranca y conecta el limpiaparabrisas.

—No te ofendas, pero no necesitaba que hicieras eso.

—¿A qué te refieres?

—Lo de la imprenta. Puedo ocuparme sola.

—Solo quería ayudar.

—Si hubiera sido un hombre no lo habrías hecho.

—Joder, Elena, es la primera vez que vienes y...

—¿Y qué? Si no vine antes es porque nadie me avisó.

—Ya sabes cómo son estas cosas... Además, tú ya tienes suficientes responsabilidades.

—Hablas igual que Santos.

Gabino hace ademán de replicar, pero se contiene.

—¿Sabe que estás aquí?

—Claro que sí —Elena le aguanta la mirada y luego se apacigua—. Le dije que viniera, que tú también estarías, pero...

—Es normal. Lo de la Michelin le dejó tocado.

—Eso no tiene por qué repetirse. Las cosas ahora son distintas.

Gabino tuerce el gesto y suspira.

—Ojalá tengas razón.

Ya en la carretera general, se cruzan con un camión del Ejército de Tierra. En el lateral destaca el emblema franquista sobre los colores, ya deslucidos, de la bandera española.

Elena abre el cenicero y aplasta la colilla.

—¿Cuánto hace que ha muerto, tres semanas?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Franco.

—Mañana hará un mes. ¿Por qué, es que le echas de menos?

—No seas idiota —Elena hace una pausa y contempla la entrada de la ciudad de Vitoria—. Es solo que algo ha cambiado.

—¿Ah, sí? —pregunta Gabino, descreído— ¿El qué?

—No estoy segura, quizá es solo cosa mía. Pero hay algo distinto.

A INDAR NO LE HACE FALTA MIRAR el reloj para saber que se acerca la hora de cerrar. Le basta con observar cómo los clientes recién llegados se apresuran a sortear la barrera de acceso y se pierden por los pasillos casi a la carrera, como si les fuera la vida en ello. Las colas en los puestos de caja ascienden a diez o doce personas cada una y los lectores pitan a un ritmo frenético. En su puesto, atiende a un cincuentón atildado y barrigudo mientras finge no haberse dado cuenta de cómo la mira. El hombre le extiende un billete de cien euros y comienza a guardar la compra en bolsas. Al recibir el cambio le hace un leve gesto. Indar no le presta atención y aparta la mirada.

—Siguiente.

—Sonríe un poco, mujer.

Indar tiene que hacer un esfuerzo para no mandarle a la mierda.

—¿Le falta algo,? —pregunta, con tono borde.

—No, no.

—Pues deje sitio, por favor.

Visiblemente indignado, el hombre recoge sus bolsas y se marcha. Indar le observa de reojo y pisa el botón que activa la cinta automática. Mientras continúa su tarea, intenta tranquilizarse y mira el reloj: faltan diez minutos para las nueve.

De pronto, la voz del encargado resuena por megafonía.

—Señorita María Indar —dice, una única vez—. Preséntese en la oficina, por favor.

Al entrar en la oficina, Indar permanece de pie. Frente a ella, sentado a la mesa, el encargado la observa con expresión seria. Tiene más o menos su edad —muy cerca ya de los cuarenta— y ha envejecido prematuramente. Antes de hablar, alinea los folios sobre la mesa con una precisión patológica.

—Supongo que sabes por qué te he llamado.

—La verdad es que no.

El hombre la mira con severidad, molesto por tener que explicarse.

—Trabajas bien, lo reconozco —dice—, pero no me gusta tu actitud. Da mala imagen —abre el cajón y extrae una veintena de solicitudes que deja caer sobre el escritorio; en la primera, de pulcra presentación, se aprecia la fotografía de una joven sonriente y muy maquillada junto a una nota manuscrita que dice:

“disponibilidad total”—. Por cada uno de los que trabajáis aquí hay diez candidatos que no dudarían ni un instante en ocupar vuestro puesto.

Indar se extraña por el uso de la segunda persona del plural, pues no hay nadie más con ella. Le parece un síntoma del papel que el encargado se adjudica frente a los trabajadores, como si conspirasen contra él o fueran una amenaza para sus intereses. En vez de replicar o exteriorizar su desagrado, mantiene la calma y mide sus reacciones.

El encargado extrae la ficha de Indar y hace una lectura rápida.

—Licenciada en psicología por la Complutense... tres idiomas... bla, bla, bla... ¿Sabes cuál es el problema de la gente como tú? —Indar frunce levemente el ceño—. Os creéis demasiado buenos para un supermercado.

—Es un trabajo como cualquier otro.

—Estáis por encima de los demás —prosigue el hombre, desoyendo el comentario y creciéndose con su perorata—, como si el mundo estuviera hecho a vuestra medida. Pero la crisis ha puesto las cosas en su sitio. ¿De qué os sirve ahora tanta carrera y tanto título?

Indar no se siente incluida en el perfil y desde luego no empatiza con la chica de la fotografía que preside la pila de currículos. Aún así, podría decirle un par de cosas sobre lo que implica aceptar un empleo, sobre los límites de la paciencia y de la dignidad, sobre la diferencia entre trabajar por un sueldo y humillarse, pero ¿de qué serviría? El hombre que tiene delante es como una pared, y a una pared se la puede derribar pero no se le puede pedir que escuche.

—Mira —el encargado señala la calle con el índice estirado—, ahí fuera las cosas están cada día peor; la gente no suelta un puto duro y las empresas menos aún. Voy a darte una última oportunidad —añade, tras una calculada pausa—. Quiero que te encargues del almacén, ya sabes: controlar los albaranes, recepcionar pedidos, organizar el stock, coordinar a los reponedores... Trabajaríamos más estrechamente.

Perpleja ante el giro que ha dado la situación, Indar vacila. Ya no es indiferencia ni cabreo lo que siente, sino asco. Puro y simple desprecio. Sostiene la mirada mientras los pensamientos cruzan su mente y las posibles reacciones prefiguran distintos escenarios. Entonces su expresión de repugnancia se torna altivez, y la exterioriza de tal forma que el encargado se revuelve en su asiento.

—¿No vas a responder?

Indar se quita el gorro del uniforme y se lo lanza con desprecio.

—Quédate con tu maldito trabajo.

Tras salir de la oficina, se dirige al vestuario. Siente una prisa que por momentos se vuelve ansia y necesidad de respirar aire fresco, de estirar los músculos y desahogarse. Recoge sus objetos personales y aprieta el paso, mochila al hombro, en dirección a la salida sin quitarse el uniforme.

El encargado, ataviado con gorro y chaleco, ha cubierto su puesto para atender a los últimos clientes y cerrar caja. ¿Qué otra cosa podía esperar?, reflexiona Indar. Sabe que la rueda no se va a detener por ella. Nadie va a echarla en falta.

Afuera, el calor deshace la noche sobre las calles. Las terrazas han invadido las aceras y el murmullo de la clientela se entremezcla con los cláxones y el zumbido impreciso del helicóptero que sobrevuela el centro de la ciudad. Al llegar a la parada del autobús, Indar abre la mochila y se cambia de ropa ante la mirada atónita de los viajeros que esperan bajo la marquesina.

Minutos después, ya sentada en la parte trasera del vehículo, cierra los ojos y cuenta los segundos. Quiere perder de vista para siempre el cartel luminoso del supermercado, olvidar el tiempo que ha pasado tras la caja de cobro. No es fácil, hay algo no le permite hacerlo. Un malestar le ha revuelto el estómago nada más salir de la oficina del encargado. ¿Acaso no es consciente de lo que le estaba sugiriendo? Debió decirle cuatro verdades y dejarle en ridículo, pero tenía demasiada prisa por perder de vista todo aquello. Ahora, en frío, las cosas toman otro cariz. No quiere dejarlo pasar. Necesita hacer algo al respecto.

En la siguiente parada, se apea y deshace el camino. El cierre del establecimiento está echado. Revisa los coches aparcados en la acera y localiza el del encargado, un deportivo de alta gama. Tras acercarse, se agacha con disimulo. Saca la navaja y hunde la hoja con decisión en el neumático, cerca de la llanta. Debí hacer esto antes, se dice.

Al levantarse, descubre que una compañera la observa. Es la cajera que el día anterior protagonizó la pelea con el encargado. Tiene las mejillas manchadas de maquillaje y parece sofocada; el cigarrillo recién encendido tiembla en su mano derecha. Indar esconde la navaja y permanece expectante, convencida de que va a delatarla. La mujer, sin embargo, le dedica una mirada cómplice, da media vuelta y se aleja.

EN VEZ DE TOMAR EL METRO, ha preferido caminar. Tiene la sensación de formar parte de una representación en la que las escenas de cotidianidad se suceden, simultáneas y a la vez aisladas. Se imagina Madrid como una colmena al límite de sus posibilidades, enferma y exhausta, y trata de entender esa inercia que contra toda lógica mantiene las cosas en orden.

Un helicóptero de la policía sobrevuela la capital como el águila que patrulla su territorio. Aparece y desaparece entre las quillas angulosas de los edificios. A medida que se aproxima a su destino, Indar observa una afluencia mayor de gente. Personas de todas las edades, muchas de ellas portando pancartas y camisetas con frases reivindicativas. Buena señal, piensa. La multitud le hace sentirse arropada. Cuando alcanza la calle Atocha y mira hacia la glorieta que se abre al fondo, se estremece. Las inmediaciones están cortadas al tráfico y la gente ha ocupado la

calzada. Son, seguramente, decenas de miles de personas y aún siguen llegando más. La vibración le provoca un arrebató de euforia. No cree que las protestas sirvan para detener las políticas de reforma ni acabar con el dominio de las corporaciones, pero ayudan a mantener alta la temperatura de las calles.

Sin perder más tiempo, Indar se interna entre la marabunta de rostros, banderas y pancartas y se dirige al punto de reunión a sabiendas de que llega media hora tarde. Al fondo, hay unas cuantas furgonetas de las Unidades de Intervención Policial. Medio centenar de agentes pertrechados con armas y protecciones mantienen un cordón de seguridad. Frente a ellos, una línea de mujeres de distintas edades forman su propia barrera defensiva. Indar tiene un mal presentimiento. Se dirige hacia allí y le hace un gesto a Leo, que le devuelve el saludo desde el lado opuesto de la formación.

—¿Dónde está Lucía? —Indar trata de hacerse oír entre el barullo— ¡Lucía!

—Estaba aquí hace un momento.

Indar echa un vistazo tratando de encontrarla. De pronto, alguien lanza un objeto a los agentes, que sin previo aviso cargan fuertemente contra la cadena de mujeres. En el extremo de la formación, Indar entrelaza su brazo al de la compañera y anima al resto a resistir mientras con la mano libre intenta protegerse. Las compañeras que están más al centro reciben casi todos los golpes. Los gritos de dolor se mezclan con los de rabia.

—¡No me toques! —Junto a Indar, una mujer joven grita con desesperación al policía que la agarra del pelo para sacarla de la fila—. ¡Que no me toques, joder!

—¡Déjala en paz, cabrón!

Indar le propina una patada en las corvas y le hace doblarse hacia delante. La muchacha escapa y se oculta tras las compañeras, que inmediatamente cierran filas para protegerla. El policía vuelve a erguirse y golpea a Indar con el puño cerrado. La fuerza del impacto hace que esta caiga hacia atrás. La carga se intensifica y en pocos minutos la cadena humana se deshace. En medio del sálvese quien pueda, Indar se esfuerza por esquivar los pisotones y mantener la cabeza fría. Consigue escabullirse y busca una salida. Cerca de ahí, tres agentes están machacando a una mujer tirada en el suelo. Indar duda. Sabe que si se mete en medio acabará igual, pero no puede abandonarla a su suerte. Cadena de autodefensa, se recuerda a sí misma, se trataba de esto, ¿no? Un tremendo porrazo le alcanza el omóplato izquierdo, seguido de otro en el costado. A pesar del dolor, no cede en su empeño hasta que dos policías más la emprenden a golpes contra ella. Indar se tira al suelo y se protege la cabeza con los brazos. En ese momento, un grupo de mujeres entra en escena y distrae a los agentes atacándoles desde un lateral. Lucía corre en auxilio de Indar y consigue llevársela. La tensión se refleja en sus ojillos vivaces y en su gesto indómito mientras la sangre le resbala por la oreja.

—Te han arrancado el pendiente —dice Indar.

—No es nada —repone Lucía, al tiempo que cubre la cresta morada de su cabeza con la capucha de la sudadera—. ¿Tú estás bien? ¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

Lucía la rodea con el brazo para servirle de apoyo.

—Te llevaré hasta la ambulancia.

Mientras avanzan, Indar se sorprende al ver que varias personas siguen sentadas en las terrazas de los bares cercanos contemplando la escena como si estuvieran en una sala de cine. Se sienta junto a la ambulancia del Samur y trata de recuperar el aliento. Se siente embotada, revuelta, como si la comida le hubiera sentado mal.

Un ATS se acerca para atenderla.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Indar niega con la cabeza y le indica que se aparte. Necesita espacio. Se concentra en inspirar y expirar profundamente en un intento de calmar la rabia y la ansiedad. A su alrededor, resuena el chillido de las sirenas y el golpeteo opaco de las escopetas que disparan pelotas de goma. El olor de los botes de humo se mezcla con el del aceite de freír procedente de los bares cercanos. Aprieta las mandíbulas para contener una arcada y se inclina hacia delante. Entonces, bruscamente, vomita.

LAS NUBES QUE POR LA MAÑANA han descargado sobre el monte cierran filas ahora, entrada la noche, ocultando la esquirla que perfilaba la primera luna del invierno. Elena espera en la esquina de Santo Domingo, inquieta, a resguardo en un portal. Ya pasan cinco minutos de la hora convenida. Hace tanto frío que ni siquiera le apetece fumar. Dentro del bolsillo, aprieta el papel en el puño y recuerda las palabras de Endika.

Por fin, la silueta de Gabino se dibuja al final de la calle.

—¿Lo traes? —pregunta, tras un rápido saludo.

—Claro —repite Elena—. Vamos por la Zapa, el camino es más corto.

Durante el trayecto hasta las proximidades de la Catedral Nueva, Gabino no abre la boca. A Elena le incomoda tanta solemnidad; sería mejor y más natural que charlasen de algo, como haría cualquier pareja de amigos. Eso, además, les ayudaría a sobrellevar la tensión.

Tras doblar en una calleja, se topan con una pareja de grises. Es un encontronazo brusco, tanto que Elena casi se choca con uno de ellos. El olor a anís, tabaco y colonia barata que desprende el policía le provoca náuseas. Se apresura a pedirle disculpas y se reúne con Gabino, que la toma del brazo apremiándola.

—Un momento —ruge la voz áspera y autoritaria del policía. Es un hombre de aspecto pulcro, bien afeitado y tan corpulento que llena cada palmo del uniforme—. He dicho que se detengan —reitera, sacudiéndose la ceniza que le ha

caído en la pechera. A continuación, saca el paquete de negro y sustituye el cigarrillo chafado—. ¿Dónde van con tanta prisa?

—Perdone el despiste, agente —Elena evita mirarle a los ojos y se esfuerza por aparentar naturalidad—, tenemos a la niña en casa con varicela y fiebre. Venimos de ver a un amigo médico que vive aquí cerca.

—Permítanme la documentación.

La pareja se mira fugazmente y obedece. El agente comprueba el nombre de Gabino y le devuelve el carné.

—Aquí dice que está usted soltera —inquire, extrañado—. Y lo mismo en el de él.

—Estamos esperando fecha para casarnos, ¿sabe usted? —explica Elena, apresurándose a tomar la mano de Gabino—. La niña es de mi primer marido.

El agente le devuelve a Elena el documento con gesto reprobatorio.

—¿Han ido al hospital?

—Nos la mandaron de vuelta con un tratamiento, pero no me quedo tranquila. Ya sabe usted: cosas de madre...

El otro agente, que hasta el momento ha permanecido callado, junta las manos y trata de calentarlas con el aliento.

—Venga, tira —se queja—. Si sigo aquí parado voy a quedarme tieso.

Elena se percata de que ya no siente frío. Tampoco miedo, ni nerviosismo. Su cerebro ha dejado de ocuparse de otra cosa que no sea convencerles de que la mujer que tienen delante es una madre sufrida y protectora.

—Si nos acompañan puedo prepararles algo caliente.

Los agentes se miran un instante.

—La varicela es... —musita el de las manos frías.

—¿Contagiosa? Mucho, sí —repite ella—, se llena el cuerpo de ronchas que pican como el demonio, pero por un par de minutos no creo que...

—No se moleste, señora —el policía se limpia inconscientemente las manos en el pantalón—. Y dese prisa en volver, no vaya a empeorar la criatura.

Siguiendo el consejo, Elena y Gabino se despiden y reanudan la marcha. Cuando se han alejado lo suficiente, abandonan la interpretación. Gabino se lleva una mano a la frente con gesto grave.

—¿Te has vuelto loca? ¿Y si hubieran dicho que sí?

—Imposible, ¿no viste su reacción? No habrían aceptado ni regalándoles una botella de Soberano a cada uno.

Gabino no puede evitar la risotada. Elena siente que los músculos se le distienden, al tiempo que el frío vuelve a clavarle sus agujones.

Al llegar a la dirección que Endika les dio, encuentran un viejo edificio de dos plantas donde un pequeño letrero desgastado alude a la actividad comercial que se desarrolla en su interior. Las luces está apagadas, parece vacío.

Gabino pega la frente al cristal.

—No se ve nada.

—Aún faltan diez minutos. ¿Esperamos aquí?

Gabino se frota las manos y señala el bar que se divisa al fondo de la calle.

—Mejor entrar en calor. Esos dos me han puesto el corazón en un puño.

El local está casi vacío y hay un pequeño radiador. La temperatura es agradable. En la barra, un hombre cabecea sobre su vaso de vino mientras el camarero hojea el periódico y fuma tabaco negro.

—Está cerrado —dice, al verles entrar.

—Será solo un minuto —apunta Gabino—. Hace un frío que cala los huesos.

El camarero asiente con resignación.

—¿Qué va a ser?

—Licor —responde Elena—. El que sea.

—Lo mismo —indica Gabino.

Con el primer trago, Elena siente la quemazón del coñac en la garganta. Después, poco a poco se siente reconfortada. Enciende un cigarrillo y elige sus palabras.

—Perdona si fui brusca esta mañana. Agradezco que quisieras ayudarme —el silencio se quiebra con el sonido de la radio. Gabino mira al camarero por encima del hombro—. Sé que a algunos compañeros les cuesta aceptar a las mujeres, pero no soy la primera, ya deberían estar acostumbrados.

Gabino ladea la cabeza, como si le supusiera un esfuerzo ser sincero.

—Ese no es el problema.

Elena aplasta la colilla contra el cenicero y endurece el tono.

—Entonces, es por mí.

Por más que sus ojos demandan una respuesta, esta no llega. Corre la silla hacia atrás y se levanta dejando en la mesa la hoja con la plataforma reivindicativa.

—Será mejor que me marche.

Gabino retira el papel de la vista y la detiene, tomándola del brazo.

—Tranquilízate —le pide, suavizando el tono—. No me gusta ser yo quien te lo diga, pero algunas personas se sienten intimidadas.

Elena se sienta de nuevo, todavía ofendida.

—¿Algunas personas?

—Compañeros —matiza él—. No les gusta que sus mujeres lleguen a casa repitiendo ciertas ideas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso: ideas excesivamente... modernas.

—Modernas —repite Elena, perpleja e indignada.

—Ya sabes...

—Así que les molesta que sus mujeres piensen por sí mismas.

—Yo nada más te repito lo que me llega. Esto no es Francia, Elena.

—Soy tan de aquí como tú, como cualquiera de ellos.

—Lo sé, pero has pasado tiempo fuera.

Elena se contiene para no elevar el tono.

—El suficiente para saber que hacen falta cambios.

—De acuerdo —le concede Gabino, apaciguador—, tienes razón, pero algunos no están preparados.

—No es mi problema. Esas mujeres son conscientes de lo que hacen y dicen.

Gabino apura el coñac y mira el reloj buscando una excusa para cerrar el debate.

—Está bien, no hagamos una montaña de esto. Es la hora.

A Elena le cuesta dejar la discusión a medias, pero qué otra cosa puede hacer. Mientras él se levanta y paga la cuenta, se pide calma a sí misma. Hay cosas ahora que requieren la máxima atención; lo demás puede esperar. Vacía de un trago la copa y, sin más dilación, se dirige a la salida.

UNA VEINTENA DE MUJERES, entre ellas Indar, se han reunido en un edificio okupado del centro para valorar lo ocurrido en la manifestación. Apenas han pasado doce horas desde la carga y los ánimos están caldeados. Mientras dos de ellas revisan la sala con un detector de micrófonos, el resto de las asistentes apagan sus teléfonos móviles y tomando asiento. Durante los primeros minutos, las intervenciones se suceden en un ambiente cargado de inquietud. Si en la rápida asamblea celebrada la noche anterior, ya de madrugada, se valoró la acción como un éxito a pesar de las detenciones y las agresiones sufridas, ahora algunas opiniones varían notablemente. El motivo ha sido una fotografía aparecida en los periódicos. En ella, Lucía y otras tres compañeras agreden a un par de agentes mientras practican una detención.

Indar escucha con perplejidad. No puede creer que algunas personas estén más preocupadas por la imagen del movimiento que por articular una respuesta frente a la represión. Insisten en que la cosa se les fue de las manos, que no se reaccionó con eficacia, y valoran negativamente la respuesta violenta de quienes se defendieron.

—Habíamos marcado un protocolo —se queja una, señalando la portada del periódico de tirada nacional que sostiene en las manos—. Hicimos hincapié en la importancia de la resistencia pasiva. Esto no hace más que dar argumentos a la policía y a la delegación de gobierno.

—Eso díselo a la compañera que estaban machacando —protesta Lucía.

—Te lo digo a ti.

—Y yo a ti: ¿dónde estabas cuando empezaron a repartir hostias?

—Me senté en el suelo y dejé que me sacaran, tal como se decidió.

—Ya, pues tuviste suerte de que no te abrieran la cabeza.

—Y tú de que no te detuvieran, de que no nos detuvieran a todas. A saber lo que pasará ahora, son capaces de venir a buscarnos una a una. Les disteis una buena razón para ello.

—¡Ya está bien! —Leo se levanta haciendo un aspaviento y señala la venda que lleva en la frente—. Me importa una mierda lo que digan los medios, lo de ayer fue represión en toda regla. ¡Esta brecha no me la hice yo solita, joder!

Tras recorrer la habitación de un lado a otro, vuelve a su sitio y hace un esfuerzo por controlarse. Lucía le toma la mano y la estrecha entre las suyas en un gesto cariñoso.

Encogida en la silla con las piernas sobre el asiento, Indar pasea la mirada por la estancia, que presenta un aspecto desangelado, con las paredes sin rematar y cables que cuelgan del techo. Piensa en su padre y siente desasosiego. Se levanta y, tras disculparse, abandona la sala para llamar por teléfono.

El tono de llamada se repite cinco veces. Después, al otro lado de la línea, una voz femenina responde con el tono cálido, ligeramente musical, del acento latinoamericano.

—Rocío, soy Indar. ¿Ha habido algún cambio?

—El doctor le subió la dosis del sedante. Ahorita su papá está dormido.

—¿Está mi tía Miriam contigo? He pensado ir hoy, pero no me apetece verla.

—Estoy sola, dijo que vendría por la tarde. Si quiere la aviso cuando llegue.

—No te preocupes, Rocío. Gracias de todas formas.

Indar cuelga y regresa al interior de la sala. Cuando toma asiento de nuevo, Lucía, sentada a su lado, le posa la mano en el hombro.

—¿Qué pasa?

—He hablado con la cuidadora de mi padre. Tengo que irme. ¿Puedes dejarme algo de dinero suelto? Estoy sin gasolina.

—Es lo que tengo —repite la chica, entregándole un billete de diez euros—. Llámanos si necesitas algo.

En el interior de los túneles de la M-30, los faros de los coches parecen enormes luciérnagas que se desplazan al ritmo frenético del tráfico. Al volante, Indar intuye los huecos por los que colarse y apura las marchas mientras se concentra en visualizar mentalmente el plano de la ciudad y buscar el recorrido más corto hasta el hospital. Ni siquiera la música consigue suavizar la presión que le provoca el encuentro con Santos ¿Cuánto hace que no le ve? Cuatro, tal vez cinco años, se responde. Y de no ser por el cáncer probablemente pasarían otros tantos. La relación entre ellos siempre ha estado marcada por la falta de comunicación y últimamente ni siquiera ha existido. Aun así, él sigue siendo su padre y ella sigue sintiéndose herida de un modo que no sabe concretar. Bajo el efecto hipnótico de las luces, le viene a la memoria uno de los pocos recuerdos que tiene de cuando era niña y su madre todavía estaba con ella: un día soleado, las dos sentadas en el zaguán de una casa que no identifica. La imagen no es nítida, pero sí el recuerda de esa voz cariñosa y levemente apagada. ¿Sabes qué significa *Indar*?, le preguntó, y ante la expectante expresión de sus ojos esbozó una sonrisa. Quiere decir fuerza.

Entonces Indar apenas había aprendido a decir unas pocas palabras en euskera y aquella revelación tuvo una fascinación especial. Recuerda la calidez de su mirada y la dulzura de su abrazo. ¿Sabes por qué te lo puse? Porque naciste empujando mucho, como si estuvieras impaciente por venir al mundo. Mi pequeña Indar, vas a ser una mujer muy fuerte.

Al salir del túnel, el recuerdo se desvanece, pero estas palabras perduran como un eco en su memoria. *Indar*, se repite a sí misma. Una fuerza que ahora, sin embargo, le cuesta trabajo encontrar.

—Vengo a ver a Santos Ruiz.

—¿Nombre?

—Indar Ruiz.

La recepcionista introduce los datos en el ordenador.

—Habitación 303. Tercer piso, primer pasillo a la derecha.

El ascensor tarda poco en llegar. Indar entra y pulsa el botón. El espejo le devuelve una imagen ajena de sí misma. Apenas reconoce sus facciones, como si contemplase a una extraña. ¿En qué momento comenzaron las cosas a perder el sentido?, se pregunta. Y esa confusión deriva en victimismo. Se siente, de algún modo, engañada, como si el tiempo hubiera transcurrido a sus espaldas y la inercia de los días le hubiera vendado los ojos.

La puerta de la habitación está cerrada, no hay nadie en el pasillo. Hace acopio de energía, respira hondo y se frota la cara, luego empuña el picaporte, cuenta hasta tres y entra. Santos está tumbado, entubado al respirador. Le acompaña Rocío, la mujer que le ha atendido en casa durante los últimos años. Indar saluda con gesto tímido y se sienta junto a la cama. Piensa que su padre ha envejecido mucho desde la última vez que lo vio. Tiene los ojos abiertos a pesar del sedante que le han administrado, pero su mirada está perdida en algún punto de la pared.

—¿Puede hablar? —pregunta Indar.

—Apenas tiene fuerzas para abrir los ojos.

Indar se siente forzada a hacer algo, pero no sabe qué. Finalmente, se acerca a él y le toma la mano entre las suyas.

—Papá. Soy yo, Indar.

En este momento, la puerta de la habitación se abre de nuevo para dar paso a Miriam, la tía de Indar, una mujer de aspecto refinado y gesto desafiante.

—Así que por fin te has dignado a venir.

Indar cruza una mirada con Rocío, que gesticula con disimulo indicándole que la aparición de Miriam es inesperada.

—Hola, tía.

—¿Ha pasado el médico?

—Hace rato —repite Rocío.

—Es mejor que se le deje descansar —continúa Miriam, en tono reprobatorio—. Es mejor evitarle cualquier tipo de estrés.

Indar se da por aludida. Está a punto de levantarse de nuevo cuando siente una leve presión en las manos. Mira a Santos y se da cuenta de que está despierto e intenta decirle algo. Ladea la cabeza despacio y sus miradas se cruzan. Indar se esfuerza por contener la emoción. Santos aprieta con más fuerza y despega los labios.

—Elena —musita.

Apenas ha sido un débil susurro. Indar ni siquiera está segura de haberlo escuchado; de hecho, nadie más parece haberlo hecho. Podría haber sido fruto de su imaginación, es posible que Santos ni siquiera haya emitido sonido alguno. Pero el gesto estaba ahí, se dice a sí misma, no ha sido un equívoco, lo he visto en sus labios. La mirada de Santos termina de convencerla, el brillo de sus ojos permite entrever la emoción que el resto del cuerpo contiene, como si toda la energía que le queda se concentrara en ese último fogonazo. Una circunstancia que necesariamente tiene que significar algo. Me haya confundido con ella, piensa Indar, será por la morfina.

Poco a poco, la presión de la mano de Santos se debilita. Su mirada se desvanece. Medio minuto después, la escasa viveza de sus ojos cristaliza en una expresión inerte, vacía, lejana. El medidor de constantes vitales comienza a pitar. Rocío se levanta apresuradamente y pulsa el botón de aviso a la enfermera de turno. Miriam se deja caer en la silla y junta las manos a la altura del pecho en un gesto piadoso, como si rezara.

Indar permanece inmóvil, con las manos de su padre aún agarradas. Mientras se esfuerza por retener las lágrimas, se convence a sí misma de que es lo mejor que podía suceder. Todo lo que había pendiente entre ambos ha quedado dicho en este último contacto. Así ha sido siempre su relación, al fin y al cabo, llena de sobreentendidos y de silencios. Le acaricia de nuevo y le acomoda la mano —ya laxa, lastrada por el peso de la muerte— junto al cuerpo con delicadeza.

Mientras las enfermeras entran en la habitación, Indar se encierra en el lavabo. Abre el grifo y deja correr el agua mirándose en el espejo. ¿Qué significa para ella la muerte de Santos? ¿Y qué quiso decirle este? Tras una exhalación de ansiedad, sumerge la cara en la fría balsa de sus manos. Tiene la sensación de que el tiempo se ralentiza, casi se detiene en el instante en que el agua le escurre entre los pliegues. Quiere que sus pensamientos y emociones se diluyan en ella, que no queden restos de memoria ni interrogantes. Al alzar de nuevo la mirada, el rostro que se refleja ya no le parece el suyo sino el de esa niña que aparece en sus sueños. Angustiada, retrocede hasta sentir la pared en su espalda y se sienta en cuclillas. Por primera vez en mucho tiempo se siente sola. Necesita dejar de huir, encontrar su camino. Y extirparse de una vez por todas el desasosiego.

EN EL DESAYUNO, MIENTRAS LA NIÑA se entretiene untando mermelada con los dedos en las galletas, Elena saca el panfleto y se lo ofrece a Santos, que lo desdobra y lo estudia sin convicción. El titular reza: contra el decreto de congelación salarial. Más abajo, tras los acuerdos pactados, figura la firma de la Coordinadora Obrera de Vitoria.

—¿Qué te parece?

Santos lee sin mudar el gesto. Elena sabe que tiene dudas sobre la conveniencia de plantear una lucha de fábricas. Para él, como para mucha gente, las cosas son distintas ahora que Franco ha muerto y se abren expectativas de cambio. A ella también le ilusiona esa perspectiva, quizás por eso se muestra doblemente precavida. Desear que las cosas vayan a mejor no es garantía suficiente para conseguirlo.

—No lo veo claro.

—Ya estás otra vez con lo mismo. ¿Qué es lo que no ves claro?

—No sé —responde Santos, devolviéndole el papel—. Ya has visto lo que ha pasado otras veces.

—Por eso mismo. Tú sabes que nadie nos va a regalar nada.

—A eso me refiero. Ahora hay más gente preparada y que sabe manejarse en las cosas de la política.

Santos deja el panfleto en la mesa y termina su café leyendo el periódico.

Indar se yergue en la silla y coge el panfleto con las manos manchadas de zumo de naranja. Al verla, Elena se apresura a quitárselo y lo guarda.

—Esto no es para jugar, cariño. Anda, sé buena y termina el desayuno o los reyes magos no te traerán regalos.

Indar deja caer una galleta en el zumo y después mete los dedos en el vaso. Elena suspira, se sirve media taza más de café y enciende un cigarrillo. Al momento, suena el teléfono. La niña reacciona con nerviosismo.

—Yo, yo, yo —exige, estirando los brazos.

Elena descuelga y le acerca el auricular a Indar, que contesta con expectación.

—Hola.

Tras escuchar unos segundos, se lo lleva a la boca y pronuncia una frase ininteligible. Después, deja el auricular en la mesa y hunde la mano en el vaso de zumo en busca de más galletas.

Elena se levanta y contesta.

—¿Diga? *Kaixo, ama.*

Elena estaba esperando la llamada. Debido a que Santos lleva varios días haciendo más horas extra de lo habitual, ha tenido que pedirle a su madre que se

quede con la niña para poder acudir a la asamblea de la fábrica. Mira la hora y duda un instante.

—Pásate después de comer —dice, al fin—. La reunión es a las cuatro.

Cuando cuelga, Santos tuerce el gesto.

—Entonces, vas a ir.

—Claro. Si no nos organizamos, se lo estaremos poniendo en bandeja.

Santos aparta el diario al tiempo que deja escapar un suspiro.

—Conozco bien estas cosas, Elena, y sé adónde llevan. Nosotros en el setenta y dos también creíamos que íbamos a cambiar las cosas y mira cómo acabamos: apaleados y despedidos. Hay que esperar a que los sindicatos sean legales. Ellos pueden negociar con mucho menos coste para los trabajadores y las familias. De otra forma no servirá de nada; no nos escucharon entonces ni lo harán ahora.

—No tendrán más remedio si las fábricas se unen —dice Elena señalando el panfleto—, esa es la mejor baza que tenemos.

Santos mira la hora y cierra el periódico sin hacer más comentarios.

—Hoy también meteré horas —levantándose y recogiendo la chaqueta—, volveré para la cena.

Elena se siente esperanzada. Hay muchas compañeras que aún no se han decidido a secundar la huelga que otras fábricas han empezado, pero está segura de que muy pronto lo harán. Ha tomado la palabra en tres ocasiones: la primera para llamar la atención sobre la importancia del momento actual, en el que se van a negociar la mayoría de los convenios colectivos; la segunda, para exponer los acuerdos que la coordinadora ha recogido en la plataforma reivindicativa conjunta; y la tercera, para exhortar a las compañeras a la participación en las movilizaciones que se están planteando en todo el cinturón industrial. Mientras tanto, Mila ha repartido unos cuantos panfletos entre las asistentes. Es una de esas personas cuya apariencia frágil, casi endeble, disimula un carácter y una fortaleza extraordinarios. En su larga vida profesional ha participado en distintos conflictos laborales allí donde la empresa la destinaba, y desde que la trasladaron a Vitoria su historial no ha sido muy distinto. Elena y ella se conocieron por mediación de Santos y congeniaron rápidamente, a pesar de que Mila le dobla la edad. Su relación se estrechó a raíz de que Elena entrara a trabajar en la fábrica de Areitio, donde aquella ya llevaba cinco años. De entre todas las compañeras es con quien se entiende mejor.

Finalizada la asamblea, mientras se deshace el círculo, Mila se acerca a ella.

—Me han dicho que estuviste en la reunión del monte.

—Las demás no querían ir y tú no estabas, alguien tenía que hacerlo. ¿Qué tal el encuentro?

—¿Qué quieres que te diga? Para ser las primeras jornadas de liberación de la mujer me ha parecido un éxito. A nivel de discurso la cosa estuvo floja, en mi opinión.

—No esperaba menos de ti —bromea Elena.

—Toma —dice Mila, ofreciéndole un libro—, te he traído esto. Me lo pasó una de las compañeras de allí.

Sorprendida, Elena retira el envoltorio de periódico y descubre un libro artesanal, torpemente encuadernado, cuyo título reza: *Escupamos sobre Hegel*.

—¡Carla Lonzi! —celebra—. ¿De dónde lo has sacado?

—Una tiene sus contactos... La edición no es muy allá, pero la traducción es buena. O eso me han dicho.

Elena le da un cariñoso abrazo.

—Muchas gracias.

—Bueno, ¿cómo ves esto? —pregunta Mila, cambiando de tema—. No sé si estamos como para una huelga...

Elena sonríe ante el pesimismo de su amiga. Es cierto que la afluencia podría haber sido mayor, pero ella prefiere encarar las cosas con una óptica más alentadora. Hay demasiados factores en juego como para esperar que todas las trabajadoras se lancen a la calle sin vacilaciones. Necesitan más tiempo. La mayoría está de acuerdo con la exigencia de subida de cinco mil pesetas en el salario base en lugar del aumento porcentual planteado por el jurado de empresa, pero de ahí a lanzar un órdago de ese tipo hay un salto cualitativo que muchas no están dispuestas a dar.

—Ahí salen —avisa Mila—. Veremos si no acabamos a tortas...

Elena mira hacia las puertas de la fábrica en el momento en que cientos de mujeres y también algunos hombres del turno de tarde abandonan el edificio.

—Esto se pone interesante.

Minutos después, buena parte de la plantilla femenina de la fábrica está congregada frente a la fachada. El ambiente rezuma ilusión e inquietud. Aliviada por la buena acogida de la propuesta, Elena se convence de que la cosa va en serio. Era una prueba importante y, en cierto modo, ya constituye una victoria. Si nada se tuerce, estarán en posición de imponer sus exigencias en la negociación del convenio.

Mientras algunas mujeres corean cánticos contra el jurado de empresa y a favor de la asamblea, incluso Mila se permite un comentario cargado de buenas expectativas. Es entonces cuando resuenan las sirenas aproximándose por la Avenida del Generalísimo. Dos patrullas de la policía enfilan a toda velocidad la calle Castilla y se detienen a las puertas de la fábrica. Las trabajadoras comienzan a dispersarse, al tiempo que una voz masculina restalla por megafonía.

—Esta concentración no está permitida, desalojen la entrada.

Mila toma a Elena por el brazo.

—Yo de aquí no me muevo.

Elena se gira y comprueba que otras tantas mujeres se mantienen en su sitio.

—Yo tampoco.

De regreso a casa, Elena encuentra a su madre sentada en el sofá. Acaba de acostar a Indar y está descansando antes de recoger los juguetes que han quedado esparcidos por el suelo.

—¿Cómo fue?

—Bien, hasta que llegaron los grises y nos obligaron a marcharnos.

Consuelo la mira con gesto de alarma.

—¿Os han pegado?

—No, fue un aviso, pero está claro que están prevenidos. En Forjas han decidido parar hasta el lunes, a ver si la dirección responde a sus peticiones.

—¿Y vosotras?

—Se ha decidido esperar a ver qué pasa, pero la cosa está en marcha.

Elena se deja caer en el sofá mientras contempla el desorden del salón. Entonces mira a su madre y su voz adquiere un matiz de burla.

—Se ve que lo habéis pasado bien.

—Tu hija sin duda. Y yo también durante las primeras tres horas.

—¿Te ha mareado mucho?

—Digamos que tiene tu mismo ímpetu, así que no me ha cogido por sorpresa.

Elena le toma la mano en gesto de agradecimiento.

—No sé qué haría sin tu ayuda.

—Anda, ve a verla. Me ha costado un soborno conseguir que se acostara antes de que volvieras.

—¿Qué le has dado? —Elena finge un reproche.

—Ah... —la mujer hace una mueca de intriga y se levanta—. Voy a preparar algo de cena.

En la habitación, Indar está sumida en el duermevela. Elena se inclina y la besa suavemente. La niña le devuelve el beso sin abrir los ojos, con gesto inacabado, casi inconsciente.

—Buenas noches.

—¿Los Reyes?

—Aún no han llegado, cariño.

—Turrón... —balbucea la niña, incapaz de vencer el cansancio.

—Se lo pondré, no te preocupes.

Santos regresa pasadas las nueve, deja la chaqueta en el perchero y se sienta a la mesa. Elena ayuda a su madre a servir la cena mientras se fija de reojo en la expresión del hombre. Ha percibido su malestar por la forma en que evita mirarla, por su silencio y también por un detalle en apariencia tan tonto como haber llenado el vaso de vino por encima de lo habitual.

Tras cinco minutos de silencio, decide meter el dedo en la llaga.

—¿Qué ocurre? Estás muy callado.

—¿Habéis oído la radio? La cosa está muy mal en Madrid, dicen que van a enviar a los militares al Metro, como en la huelga de hace unos años.

Elena y su madre se miran con sorpresa.

—Al salir del trabajo he pasado por el bar y me he encontrado a uno que acaba de volver de allí —prosigue Santos—. Dice que en no sé qué empresa han despedido a toda la plantilla. Así, de sopetón. Y que igual les echan de sus casas, que también son de la empresa.

—Eso no puede ser —dice Consuelo.

—Tu amigo, ese tal Luis, ¿no estaba en Marconi? —pregunta Elena.

—En Standard —puntualiza él—. Debería llamarle.

Consuelo enfatiza en tono fatalista.

—Si las cosas siguen así, aquí ocurrirá lo mismo.

—No se puede comparar, aquello es un drama. Incluso hay cuatro mujeres en huelga de hambre.

—Pobrecitas, deben de estar desesperadas para hacer algo así.

Elena mira a Consuelo con un gesto de reproche.

—Al menos están haciendo algo.

—Eso díselo a sus hijos —replica Santos—. Tu madre tiene razón, no es preciso llegar a esos extremos. Más aún si está en juego el bienestar de una familia.

—Yo no quería decir que... —vacila Consuelo.

Elena interrumpe a su madre para rebatir a Santos.

—¿Y qué dirías tú que hicieran: quedarse en casa como si no fuera con ellas?

—Cuidar de la casa y los hijos también es trabajo. Tú misma lo dices siempre.

—No confundas, por favor.

Se hace el silencio. Santos aparta el plato y enciende un cigarrillo. Después mira a Consuelo e intenta cambiar de tema.

—¿Habéis ido a la cabalgata?

—No, y lo he lamentado. Me ha tenido toda la tarde de juguete en juguete.

—Por cierto, Gabino pasó ayer a dejar un regalo para Indar y preguntó por ti —comenta Elena, aprovechando para reconducir la conversación—. Creo que al menos deberías pasarte por una asamblea.

—Mira, Elena —repite él, secamente—, ya sé que piensas que soy un cobarde. Seguro que Gabino también lo piensa. Es fácil hablar cuando solo se tiene que mirar por uno.

—Indar también es mi hija.

—No es lo mismo. A mí me tienen fichado desde lo de la Michelin, lo sabes muy bien. ¿Crees que me gusta tener que meter horas, que no quiero poner la maldita fábrica patas arriba? No es tan sencillo, en cuanto les das una excusa van a por ti.

—Si eso ocurriera aún tendríamos mi sueldo.

—De media jornada. ¿Cómo íbamos a pagar los gastos? —Elena no contesta, molesta por discutir delante de su madre—. Ante todo hay que pensar en la niña.

—Entonces quizá deberías trabajar menos y pasar más tiempo con ella.

Esta última frase le ha salido a Elena de improviso; ni siquiera ha sido consciente de que al decirla elevaba el tono.

—Ya está bien —dice Consuelo, tajante—. Es noche de Reyes, no querréis despertar a la niña antes de tiempo.

Dicho esto, se levanta, recoge los platos y sale. Elena deja escapar un suspiro y mira a Santos con expresión conciliadora.

—Lo siento, supongo que estoy un poco tensa.

—Yo también.

Él apaga el cigarrillo y toma la mano de Elena con las suyas; deja pasar unos segundos mientras busca la siguiente frase y esboza una sonrisa.

—Habrá que ir a ver qué hay en la bandeja de los Reyes, ¿no? ¿Pusisteis el Jerez?

Elena le mira y asiente.

—Jerez, turrón y la caja entera de mazapanes.

LO PRIMERO QUE INDAR PERCIBE al entrar en el piso de su padre es el olor a cerrado. Nadie ha pisado en él desde que Santos ingresó en el hospital, hace varias semanas.

—Discúlpeme —dice Rocío, abriendo de par en par las ventanas—, no me dio tiempo de limpiar.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí?

—¿Como cuidadora? Cinco años, creo. ¿Por qué?

Indar se encoge de hombros.

—Pensarás que soy una mala hija.

—Yo no me meto en esas cosas. Lo único que sé es que él la quería mucho. A su modo, pero la quería.

Indar la mira a los ojos para comprobar la fiabilidad de sus palabras. No es mucho lo que esa frase le remueve, pero le complace oírlo. Se sienta junto a la ventana y lía un cigarrillo mientras piensa en el pasado. Su padre prácticamente desapareció de su vida hace años. Desde que empezó a tomar decisiones por sí misma ha procurado mantenerse lejos de él, haciendo como si no existiera. Ambos han evitado siempre reabrir esa herida. Puede que no fuera lo correcto, pero poco importa a estas alturas.

Rocío se sirve un vaso de agua y se sienta al otro lado de la mesa. La luz del día incide sobre su rostro y enciende su pelo negro.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta Indar.

—¿Usted qué cree? Tomaría unas vacaciones si pudiera, pero mañana empiezo con otro enfermo —Rocío oculta el cansancio tras una sonrisa de

resignación—. Y es posible que me llamen para acompañar a un anciano. No hacen contrato, así que ya veremos.

Echa un vistazo a su reloj y se levanta. Después, saca una llave del bolsillo y la deja sobre la mesa.

—Su papá me encargó que le trajera al piso antes de que Miriam lo recuperase.

—¿Por qué?

—No me lo dijo. También insistió en que le dejase a solas —le dedica una sonrisa y recoge su abrigo—. Espero que todo le vaya bien —dice, abrazándola.

—Lo mismo digo.

Rocío abre la puerta y se dispone a salir.

—Una cosa más —dice Indar—. ¿Alguna vez te habló de mi madre?

Rocío le dedica una mirada compasiva.

—Nunca despierto.

El salón le recuerda a una precaria habitación de hospital; hay una camilla, una percha con gotero para el suero, una cuña para orinar y diverso material de enfermería. A pesar de la adaptación del espacio a las necesidades del enfermo, se aprecia el intento de preservar la normalidad.

Indar curiosa sin prisa mientras piensa en las palabras de Rocío. La confidencia le ha dado una visión nueva de su padre, más frágil, tierna incluso, pero sobre todo más inquietante. En una balda de la rinconera descubre un pequeño marco caído; lo recoge, limpia el cristal con la manga del jersey y al momento se reconoce en la niña de la fotografía. Está montada en su bicicleta y se ha girado para mirar a cámara. No recuerda el día, pero supone que fue tomada en el Parque del Retiro. Tenía nueve o diez años cuando Santos la llevaba allí los domingos antes de ir a comer a casa de la tía Miriam. Aquella fue una época feliz e inocente; después surgieron las preguntas, y tras ellas los silencios, las tensiones y el distanciamiento.

Tras dejar la foto, revisa el resto de estanterías; quiere llevarse un recuerdo antes de que su tía vacíe el piso. Le entristece que todo eso vaya a acabar en la basura, al fin y al cabo es parte de su vida. Entra en el dormitorio de Santos con cierta cautela. Invasión la intimidad de su padre le incomoda. La habitación, además, es austera y no se presta a muchas indagaciones. Revisa la cajonera de la mesilla y revuelve el contenido, pero nada llama su atención; luego abre el armario empotrado y curiosa entre las prendas de ropa protegidas con fundas de plástico. Descuelga una y la extiende sobre la cama: se trata del mono de trabajo que su padre usaba en la fábrica, hace muchos años. Le sobreviene la imagen de una multitud de hombres ataviados con uniformes parecidos, lo ve en su mente con relativa nitidez a pesar de la vaguedad del recuerdo. Dentro de la funda, la prenda está limpia, impecable, solo el olor a naftalina y la decoloración delatan su antigüedad. Inda piensa que esa extraña mezcla de apego y abandono es propia de Santos, de su personalidad posesiva y a la vez distante.

Abre los cajones uno a uno, aparta un par de jerséis y mira en el interior de una bolsa de plástico que contiene una maquinilla de afeitarse y un bote de loción. Desencantada, saca la tabaquera mientras piensa en lo que dijo Rocío. ¿Por qué querría Santos que fuera al piso antes que llegara su tía, qué esperaba que hiciera allí? Coloca un pellizco de tabaco sobre el papel y saca la bolsa de filtros, pero un mal gesto le hace tirar la boquilla. Se agacha y la busca por el suelo hasta que la encuentra al pie del armario, junto al zapatero. Entonces, algo llama su atención: una caja oculta tras un par de viejas zapatillas. Lía el cigarrillo y se sienta en el suelo a inspeccionar el hallazgo. Es un estuche de madera, parecido a una caja de puros, con la tapa polvorienta. En el interior hay algunas cartas, una cadena de plata, recortes de periódico antiguos y una fotografía en sepia donde se ve a dos hombres y una mujer —más jóvenes de lo que ella es ahora— vestidos al estilo de los años setenta. Tras un instante de duda, reconoce a sus padres besándose con pose divertida en compañía de otro hombre que les mira y ríe. El descubrimiento le provoca una íntima alegría, son pocas las fotografías que ha visto de la época. Se acerca a la lámpara y observa a su madre con detalle: el cabello claro le cae hasta la mitad de la espalda, recogido en una trenza suelta de la que escapan algunos mechones. Viste blusa con las mangas recogidas por debajo de los codos, chaleco de punto sin abotonar, pantalones de campana y botas de tacón bajo. Es una mujer atractiva, sin lugar a dudas; no tanto por su rostro —sus rasgos no llaman especialmente la atención— como por su presencia, por la fuerza que su gesto emana de forma natural. Ensimismada con el descubrimiento, se pregunta si habría nacido ya cuando la fotografía fue tomada. Le gustaría saber que participaba de esa alegría, tener la posibilidad de hilar un nexo, por ínfimo que fuera, con esos personajes y ese momento histórico.

Al dar la vuelta a la fotografía no encuentra fecha, sino un nombre y una dirección: Gabino, calle Mateo Moraza, 3. Podría corresponder al fotógrafo que la tomó, o al hombre que aparece con sus padres en la imagen, o simplemente tratarse de una nota sin relación. Ahora que Santos ha muerto no hay manera de saberlo. Quizá Miriam pueda tener una idea más precisa, pero prefiere no mencionárselo. Esto va más allá de lo que estaba buscando; no es un simple recuerdo que salvar de la basura, sino un auténtico tesoro. Un secreto —el primero— entre su padre y ella. Le inquieta pensar que Santos lo tenía preparado, le hace sentir manipulada. Recuerda entonces uno de los reproches habituales de su padre. Hace mucho tiempo de aquello, pero lo lleva grabado en la memoria. Eres demasiado visceral, le decía, o demasiado idealista, o demasiado ingenua. Independientemente del adjetivo, lo que más le dolía era la palabra “demasiado”, ese simple adverbio que le reprochaba su falta de control.

Tras encender el cigarrillo, ojea los recortes de periódico, media docena de crónicas extraídas de los diarios *El Correo*, *Norte Exprés* y *ABC*, fechadas en marzo de 1978. En todos ellos el texto es parecido e informa del accidente ocurrido en una carretera comarcal de Guipúzcoa. Los ocupantes del turismo murieron tras precipitarse el vehículo al fondo de un barranco y prenderse fuego. Al parecer, la

carretera discurría por una zona sinuosa y sin visibilidad. Las identidades del conductor y de la mujer que le acompañaba —A.I.U. y E.E.A.— correspondían a dos sospechosos de pertenencia a banda armada. La mujer, que trabajaba en una fábrica de cremalleras en Vitoria, pudo haber servido de enlace y apoyo logístico para sus actividades criminales.

Indar se incorpora y vuelve a leerlo. Se ha percatado de que las iniciales de la misteriosa mujer coinciden con las de su madre, Elena Etxauri Arteaga, al igual que su procedencia y dedicación laboral. El accidente de tráfico también coincide con la versión que su padre le dio las pocas veces que ella le preguntó cómo había muerto. Para la Indar niña, al igual que, años después, para la adolescente, esa fue suficiente respuesta y cualquier pretensión de ir más allá en las averiguaciones se marchitó bajo la represión, la impotencia y el paso del tiempo. Ahora, la sospecha de que existe una historia oculta y de que esta caja es un hilo del que tirar le provoca miedo y desconcierto. ¿Se trata del mismo accidente?, se pregunta. Santos quería que encontrase la caja, sólo así se explica la petición que le hizo a Rocío. Sabía que no podría evitar la tentación de husmear entre sus cosas. Se le ocurren infinidad de preguntas y ninguna de ellas tiene respuesta.

De regreso a casa, encuentra a Lucía y a Leo sentadas en el sofá, estudiando con interés un mapa de Madrid lleno de anotaciones. No necesita preguntar, sabe que están a la búsqueda de una casa que reúna las condiciones para okuparla. Desde que la policía les desalojó del piso que las tres compartían, se han estado alojando en casas de colegas. Ella también anduvo un par de meses de acá para allá, pero a raíz de encontrar trabajo decidió alquilarse un estudio.

—Pero bueno, ¿qué horas son estas? —bromea Leo, mirando el reloj—. Hemos cenado sin ti.

—Necesitaba airearme —responde Indar, resumiendo en una frase las horas que ha pasado sentada en la barra del bar bebiendo cervezas y tratando de ordenar sus pensamientos—. ¿Habéis encontrado ya el tesoro o qué?

—Esto cada día está más chungo —comenta Lucía, desesperada.

—No será por casas vacías...

—Ese no es el problema, con la cantidad de desahucios que hay es como abrir un catálogo. La cosa es que no nos ponemos de acuerdo —replica Leo, suspirando—. Ella quiere estar cerca de Lavapiés, claro, ya sabes cómo es esto... la maldita endogamia...

—Y aquí a la señora, que ahora le ha dado por las zonas verdes. Al lado del Retiro se quiere ir, ni más ni menos...

—Puestas a okupar, prefiero una casa que no se caiga a cachos, ¿no? Que no haya que apuntalar techos, ni luchar con ratas, ni picar hongos de las paredes...

—Y que tenga jacuzzi en la azotea, no te jode.... —Lucía hace una mueca y mira a Indar buscando apoyo—. Así no vamos a salir de aquí en la vida, te lo advierto. Deberías ayudarme a convencerla.

Indar se deja caer en el sofá con gesto de cansancio.

—Mira que sois plastas... Os he dicho mil veces que os quedéis el tiempo que sea.

Leo deja el mapa a un lado y mira a su amiga con interés.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido? Se te habrá hecho raro volver a tu antigua casa.

—Bastante, sí.

—¿Y...?

Indar guarda silencio y sus dos amigas cruzan una mirada de expectación.

—Me voy.

—Pero si acabas de llegar.

—Quiero decir de Madrid. Está decidido.

—¿Estás de coña, no?

—¿Dónde piensas ir?

—A Vitoria. Podéis quedaros en el piso mientras estoy fuera, así me lo cuidáis y ganáis tiempo para encontrar la súper casa junto al Retiro. Aún no sé qué voy a hacer allí, pero necesito hacerlo.

Tras descalzarse y quitarse la chaqueta, enciende un cigarrillo y se dirige al lavabo. Sentada en el váter, medita sobre cómo hacer lo que se ha propuesto. No es fácil llegar a una ciudad extraña y preguntar a la gente, así, sin más. Y luego está el problema del dinero. No ha conseguido ahorrar ni un euro en los últimos meses, así que no le quedará más remedio que pedir prestado y encontrar un curro lo antes posible.

Al regresar a la sala, Lucía le pasa un papel con un número de teléfono.

—Es de una amiga de allí, una compa de la universidad —explica—, seguro que te echa una mano.

—Gracias —Indar guarda el papel—, estaremos en contacto. Os dejo el coche, ¿de acuerdo? Es una ciudad pequeña, no me hará falta.

Tras un breve silencio, las tres se abrazan.

—Voy a echaros de menos.

Lucía rodea a Leo con el brazo y adopta una expresión traviesa.

—Nosotras también, sobre todo cuando estemos follando en tu colchón de látex —bromea.

Indar alza la mano con intención de protestar, pero se interrumpe. Sabe muy bien que, diga lo que diga, sus amigas follarán sobre su colchón de látex, sobre su sofá y sobre todos los muebles que se les antoje. Si la situación fuera al contrario, ella haría exactamente lo mismo.

Indar ladea la cabeza y la apoya en el cristal de la ventanilla. Observa, ensimismada, la meseta castellana, inmensa, diáfana, aséptica, tan seca y ardiente que se diría abrasada por un continuo e invisible incendio. No le ha sido fácil tomar la decisión de alejarse de sus amigas. Ellas son su apoyo, sus cómplices, sus consejeras; en definitiva, su verdadera familia. Lo han sido durante la última década, pero sobre todo en estos últimos cinco años, a raíz de su decisión de poner fin a la única relación estable que ha tenido en toda su vida. Entonces ni su padre, ni su tía

Miriam estuvieron a su lado, y de no haber sido por ellas el trago hubiera sido mucho más amargo. Con el tiempo, entre las tres se ha generado un vínculo de confianza, respeto y apoyo mutuo que ha trascendido la amistad para convertirse en una complicidad más honda, más visceral, más tribal. Y se siente orgullosa de ello. Ahora, sin embargo, está sola. Observa el vuelo de un águila sobre los rastrojos de los trigales y se siente identificada, igualmente solitaria y esquiva, aunque, con seguridad, mucho menos hábil y resistente. Saca el paquete de Pueblo y lía un cigarrillo al tiempo que el coche rebasa el cartel de entrada a la provincia de Álava.

—¿Os molesta si fumo?

—No, tranquila.

Apenas ha dicho nada más desde que salieron de Madrid, pero eso no parece incomodar a sus acompañantes, dos veinteañeras que vuelven al País Vasco a visitar a sus familias. No es fácil dar con personas que respeten los silencios ajenos sin incomodarse, así que, en este sentido, ha tenido suerte.

—¿Y esos qué quieren ahora? —dice la conductora mientras reduce la velocidad.

Cien metros por delante, aprovechando un cruce, una patrulla de la Guardia Civil ha cortado la circulación y está desviando algunos vehículos hacia el arcén.

La conductora detiene el coche a la señal del agente y baja la ventanilla.

—Buenos días.

—Buenos días —saluda el guardia, con frialdad—. Permítame el carné de conducir y la documentación del vehículo, por favor.

La chica rebusca en la guantera y le entrega los papeles. El agente se los pasa a su compañero y echa un vistazo al interior.

—¿Llevan alguna clase de arma o sustancia ilegal?

—No.

—¿Dónde se dirigen?

—A Vitoria.

—¿Residen ustedes allí?

—No, venimos a ver a la familia.

—¿Usted también? —insiste el agente, dirigiéndose a Indar.

—No, yo estoy de paso —replica esta.

El agente mira hacia el interior con gesto desconfiado.

—Salgan del vehículo, por favor. Y ustedes dos, muéstrenme sus documentos de identidad si son tan amables.

—No me jodas —musita la más joven de las dos mujeres que acompañan a Indar.

—Venga, *lasai* —le tranquiliza la otra—, será sólo un momento.

El agente estudia la documentación y después revisa los asientos, la guantera, los cajones de las puertas y el maletero.

—¿De qué se conocen ustedes?

—Estudiamos juntas, ya le dije —responde la conductora.

—¿Y usted?

—No las conozco, solo viajo con ellas.

—Está bien, pueden irse —les indica el guardia, entregándoles los carnés junto al que el compañero le acaba de entregar—. Pasen buen día y disculpen las molestias.

Cuando se ponen de nuevo en carretera, la conductora deja escapar un suspiro.

—¡La madre que los parió! —se desahoga—. Toda la vida pillando controles y aún se me hace un nudo en el estómago.

—No me extraña —replica la que va de copiloto—, ese *pikolo* parecía Terminator. Menos mal que no le ha dado por registrar las mochilas.

—¿Por qué, qué lleváis?

—Nada, solo libros en euskera. Mi tío está preso en Aranjuez, así que yo le llevo y le traigo los pedidos a la biblioteca.

—Bueno, no van a detenernos por eso, ¿no? —comenta Indar.

—Se supone que no —concluye la otra—, pero con estos nunca se sabe.

NADA MÁS CRUZAR LA PUERTA, Elena tiene una mala sensación. Sigue a Santos a través de la sala artificialmente iluminada y se sienta junto a él en la zona de espera. El ambiente es frío y desagradable a causa del humo y del continuo golpeteo de las máquinas de escribir. De tanto en tanto, la funcionaria que controla los turnos entona un número y señala la mesa correspondiente.

Elena coge una revista y pasa las páginas sin interés, incapaz de distraerse. Después, hace lo mismo con un ejemplar de *El Correo*, donde lee un titular que hace referencia a las huelgas de Madrid. La crónica es tendenciosa, pero está acostumbrada y no se sorprende. Cierra el periódico y mira a su alrededor. En la sala no hay más que un viejo guardia de aspecto bonachón. El ambiente es tranquilo. Para ella, la sensación de que la vida sigue su curso a pesar del sufrimiento es peor que la crispación que se vive en las calles y fábricas. Burocracia y represión componen las dos caras de una misma moneda, necesarias ambas para mantener el control y propagar la idea de que todo sigue en orden.

—No sé qué hacemos aquí —murmura.

—Ya lo hemos hablado, Elena.

—Ya lo sé, pero es que no nos hace falta.

—Dijiste que te parecía buena idea.

—No, tú lo dijiste.

En ese momento, la funcionaria arrastra su voz con gesto rutinario.

—Cuarenta y cinco.

Santos le hace un gesto y se levanta. Elena duda y finalmente le sigue. Toman asiento frente a un hombre canoso, de gruesa papada, y esperan a que termine de escribir a máquina. Por fin, el hombre levanta la mirada y la fija en la pareja con gesto interrogativo, sin mediar palabra, como si los años de rutina le hubieran enseñado a economizar el esfuerzo incluso a pesar de la buena educación.

Santos está visiblemente nervioso.

—Buenos días... Queríamos contratar un seguro.

El hombre abre el cajón de la mesa, extrae una hoja en blanco y la pone en la máquina.

—¿Trabaja?

—Claro, en Forjas Alavesas. Y ella en Areitio.

Los dedos del funcionario recorren las teclas con agilidad.

—¿Hijos?

—Una niña.

—¿Otros familiares a su cargo?

—Ninguno.

—¿Algún bien inmueble en propiedad?

—Por ahora vivimos de alquiler.

—Permítame el certificado de matrimonio, por favor.

Santos y Elena cruzan una mirada de preocupación.

—No... no estamos casados.

El funcionario expresa su queja con una mueca de hastío, como si se preguntara por qué la gente como ellos insiste en hacerle perder su valioso tiempo. Extrae la hoja de la máquina y la tira a la papelera.

—El certificado de matrimonio es indispensable para contratar el seguro familiar —informa, extendiéndoles una hoja informativa—. Vuelvan con la documentación que figura en el papel.

De camino a casa, Elena repasa la escena sin hacer caso a Santos, que habla insistentemente sobre la necesidad de casarse. Es un tema trillado y no tiene ganas de volver sobre él. Burocracia y represión, piensa, siempre lo mismo.

A medida que la mañana transcurre, las calles se animan con el trajín de los coches y la afluencia de personas que pululan por los comercios y pequeños negocios. Elena medita sobre la ligereza con que las personas asumen la realidad que les imponen. ¿Cómo, si no, es posible mantener la apariencia de normalidad a pesar de los mensajes de crisis, el encarecimiento de la vida y la pérdida constante de puestos de trabajo?

—¿Me estás escuchando?

Elena se vuelve hacia Santos con gesto distante.

—Decías que no te gusta el matrimonio.

—Exacto —prosigue él, sin reparar en el tono irónico—, no me gusta; es más, siento desprecio por la Iglesia y tú lo sabes. Pero soy consciente de que a veces es necesario hacer ciertos sacrificios. Podríamos casarnos por el juzgado, tengo un amigo en el ayuntamiento que nos puede echar una mano.

—¿Es que no te das cuenta? El que seamos pareja y tengamos una hija no significa que debamos casarnos, ni que necesitemos tener un seguro. No es nuestra manera de hacer las cosas —se percata de que las dos señoras que están sentadas en los asientos del lado opuesto les observan—. ¿Qué será lo siguiente: pedir un préstamo y comprar el piso?

—Estás sacando las cosas de quicio.

Elena lanza una mirada fulminante a las señoras, que desvían la atención mientras comentan en voz baja. Santos le toma la mano y adopta un tono conciliador.

—Las cosas cambian —dice—, ahora tenemos a Indar. Un niño es una responsabilidad.

—Es una niña —puntualiza ella.

Santos deja escapar un suspiro desesperado.

—No empieces a sacarle filo a las cosas. Le das demasiada importancia a las minucias, como lo de la casa, el matrimonio y demás. Ninguna de esas cosas van a convertirnos en personas distintas.

Elena le mira sin convencimiento. ¿Es posible que sea ella la única causante de sus desacuerdos; que, como él dice, se haya obsesionado por lo que solo son concesiones sin importancia? Eso sería reducirlo todo a una simple falta de seguridad en sí misma, y la cuestión va más allá. Se gira de nuevo hacia la ventana y se contiene, no es el lugar ni el momento apropiado para enzarzarse en una discusión. En voz baja, como si hablase a su propio reflejo, apostilla:

—Eso espero.

Elena cierra el libro y se asoma al balcón. La luna llena se asoma al precipicio de la noche. A lo lejos, las campanas de Santa María tañen con cansancio. Tras cerrar el ventanal, se desliza al interior de la cama y se quita el camisón. El tacto frío de las sábanas eriza su piel desnuda y le excita levemente.

Santos regresa a la habitación y se desviste.

—¿Se ha dormido? —pregunta ella.

—Creo que sí. Me ha costado Dios y ayuda.

—Métete en la cama.

Ha sido un día difícil y necesita sentir su cercanía, creer que las diferencias de opinión son pequeños desencuentros que no afectan a la relación.

—¿Tienes frío?

—No. ¿Y tú?

—No.

Santos la mira bajo la tenue luz de la lámpara. Pausadamente, se inclina hacia ella buscando su boca mientras desliza la mano hasta sus pechos. Elena se estremece, y su excitación aumenta a medida que la áspera caricia le dibuja los pezones y desciende después, poco a poco, por su vientre. Se recuesta boca arriba y le atrae sobre ella sin dejar de besarle.

—¿Quieres que apague la luz?

—¿Tú quieres?

—No.

—Entonces déjala.

—Vale.

Si todo marchase bien, pensaría únicamente en el ardor de su cuerpo, en su jadeo rítmico y grave, en la delicada brusquedad de sus manos. Pensaría en cualquiera de esas cosas o tal vez se concentraría en dejarse arrastrar hacia el desvanecimiento. Se aferra a sus caderas y cierra los ojos tratando de despejar la mente; por un momento, se excita ante sus propios gemidos y aprieta los labios. Un momento después, el malestar regresa. Vienen a su memoria retazos de frases, miradas, gestos, repitiéndose hasta crear un bucle de angustia. Al fin, no tiene más remedio que hacerse a un lado y salir de la cama.

—¿Dónde vas?

—He oído llorar a la niña.

—Está dormida.

—Te digo que la he oído.

Desnuda, cruza el pasillo y se encierra en el cuarto de baño. Poco a poco, la sensación de ahogo se transforma en un llanto entrecortado, dificultoso, como si emergiera desde un rincón demasiado profundo.

Al día siguiente, Elena observa a las compañeras de la asamblea mientras su cajetilla de rubio va pasando de mano en mano. Al recuperarla, enciende uno y expulsa el humo hacia el techo. Bajo la luz grisácea que penetra, tamizada, por las claraboyas de la capilla, la tensión modela las expresiones de las cincuenta mujeres reunidas en círculo, medio centenar de rostros circunspectos en cuyo atento silencio se adivinan la preocupación y el miedo.

Una mujer de aspecto recatado toma la palabra con ademán inseguro para recordar a las compañeras la importancia de los acontecimientos que están teniendo lugar en la ciudad y que son, en su opinión, reflejo del conflicto que afecta al país entero. Sin embargo, no está segura de querer involucrarse, ya que no alcanza a ver qué puede aportar ella, una simple ama de casa sin conocimiento de política ni experiencia de lucha.

Elena cruza la mirada con Mila y pide el turno de palabra.

—En realidad, ninguna de nosotras está al margen de la política —dice, dirigiéndose a la mujer que ha hablado y después al resto—. Ya seamos asalariadas o amas de casa estamos cumpliendo un papel en el proceso productivo y, por tanto, en el conflicto social y laboral. No se trata de si queremos o no participar en este asunto, puesto que, de hecho, ya lo hacemos, sino de decidir cómo queremos hacerlo —sus palabras provocan comentarios en voz baja y gestos de asentimiento—. Tenemos dos opciones: quedarnos de brazos cruzados mientras la situación empeora o tomar las riendas y asumir nuestro papel como trabajadoras y como mujeres.

Mila le dirige una sonrisa de aprobación y cede el turno a la mujer rubia que está sentada a su derecha.

—Mi marido trabaja en Forjas —dice esta—. Como sabéis, llevan dos días en paro. Si la situación se prolonga no sé de dónde sacaremos el dinero para comprar comida y pagar facturas —se lamenta, con voz entrecortada—, pero no vamos a darnos por vencidos. Sabemos que lo que pedimos es justo.

—Mi marido está en el comité —dice una mujer joven—. La dirección ni siquiera les ha escuchado; ese es el regalo de Reyes que la dirección de Forjas hace a sus trabajadores.

—Yo no tengo duda de que tenemos que apoyarles —añade otra—, pero no podemos dejar nuestras obligaciones de lado. No sé las demás, pero yo tengo tres que hijos que alimentar.

—Yo también tengo tres hijos —dice una mayor y de aspecto cansado—. Y no me sobras las perras, os lo aseguro, pero más vale una sopa de ajo comida en grupo que una chuleta a escondidas y de esquírol.

La asamblea pronto se ve interrumpida por el aluvión de voces a favor y en contra. Elena se levanta y cruza la sala para apagar el cigarrillo en el cenicero que hay en la entrada. Luego se gira y observa desde la distancia mientras ordena sus pensamientos. Es cierto que por el momento han sido los trabajadores de Forjas quienes se han lanzado al paro total, pero hay otras plantillas en la misma situación y es cuestión de días, quizás incluso de horas, el que muchas de ellas se sumen al conflicto. Esto le hace pensar en la situación que vive en su hogar y en qué pasaría si los demás hombres reaccionaran como lo ha hecho Santos.

El polvo en suspensión atraviesa, revuelto, los haces de luz blanquecina que se proyectan desde las ventanas como contrafuertes apuntalando la penumbra. Elena regresa a la asamblea y ocupa su silla. Inmediatamente, siente la mirada de Mila; el gesto es leve, sutil, pero suficiente para saber lo que está pensando: le apremia a impulsar el debate unos pasos más adelante. Adivina cierta ansiedad en su gesto y eso le divierte. Mila es una mujer de fuerte carácter y forma un tanto bruscas, razón por la que procura no intervenir demasiado en los debates, sobre todo si alguien puede expresar su misma opinión con algo más de tacto.

Elena alza la mano y pide la palabra.

—Muchas de nosotras tenemos compañeros y maridos trabajando en Forjas o en otras empresas que en estos días renuevan sus convenios. Pero, además de ser compañeras de trabajadores, somos trabajadoras nosotras mismas.

Se inclina hacia delante en la silla y mide el grado de aceptación. Le parece que la mayoría escucha con atención, sin embargo ninguna se atreve a romper el silencio con una palabra de apoyo.

—Algunas trabajáis en el hogar —prosigue—, otras estamos empleadas en esas mismas empresas. Nuestro papel no debería limitarse a apoyar la lucha de los hombres, puesto que tenemos opinión e intereses propios. Y sufrimos, al contrario que ellos, una doble explotación en tanto que mujeres y trabajadoras. Por ello, tenemos que salir a la calle a expresar nuestro rechazo a la congelación de los

salarios y a las condiciones abusivas de los convenios, pero, sobre todo, a un sistema productivo que se vale de nosotras para multiplicar su beneficio.

—Lo siento, pero me pierdo entre tanta palabrería —interrumpe una mujer de unos cincuenta años, poniéndose en pie—. ¿Qué propones, entonces, que no apoyemos a nuestros hombres?

—Lo que propongo es que vayamos más allá, que nos revelemos contra el lugar que tradicionalmente nos asignan. Que no nos limitemos a estar en segundo plano y a seguir instrucciones.

—¿Es que quieres que nos enfrentemos a ellos?

—Claro que no. Digo que distingamos nuestra lucha de la suya, puesto que son realidades diferenciadas.

—No entiendo nada —protesta de nuevo la mujer de antes—. ¿No es su trabajo, mayoritariamente, el que pone la comida en nuestras mesas?

Muchas compañeras asienten. Una de ellas, a la derecha de Elena, alza la voz.

—Es verdad, lo que dices es egoísta. Lo primero que debería preocuparnos es garantizar el salario. ¿Quieres que nos neguemos a ayudar a los hombres mientras ellos se arriesgan a perder su puesto? Para ti es fácil decirlo, no tienes que mantener a una familia.

—Yo también tengo una hija —protesta Elena—. Y mi compañero trabaja en la Michelin.

—Pues empieza por convencerlo a él, en vez de a nosotras. Se dice que no saldrán a la huelga.

Elena baja la mirada, incapaz de replicar.

—No estamos aquí para juzgar a nadie —apacigua otra, en tono conciliador.

—La cosa es así —interviene Mila, bruscamente—: la compañera y yo, y otras más que no han hablado, no vamos a ser simples comparsas de los hombres. Si voy a pringarme como ellos quiero el mismo trato, la misma voz y la misma responsabilidad.

—¿Y cómo vais a hacer eso?

Mila traza una panorámica sobre las asistentes antes de responder.

—Yendo a sus asambleas para participar en las decisiones y haciendo las nuestras propias —expone—. Organizando manifestaciones, piquetes, cajas de resistencia y el copón bendito. Tenemos que hacer que se nos vea y se nos oiga.

Elena hace un gesto con la mano, como queriendo mostrar que esa idea resume con claridad lo que intentaba transmitir. Mira a Mila y sonrío, agradecida. Algunas mujeres expresan su desacuerdo levantándose y abandonando la reunión en silencio. Un minuto después, nueve sillas han quedado vacías.

—Entonces, ¿qué proponéis?

Elena recupera el ánimo y toma de nuevo la palabra.

—Lo primero, organizar una asamblea conjunta con los de Forjas. He hablado con algunos y son conscientes de la importancia de que participemos en la lucha.

—¿Y qué pasa con los que no lo son?

—Déjamelos a mí —bromea Mila, mostrando el puño cerrado.

—Por supuesto hay quien no piensa lo mismo —replica Elena—, pero no les quedará más remedio que aceptar. Lo creáis o no, dependen de nosotras. Ninguna lucha se sostiene en el tiempo sin la implicación de las mujeres.